

Miriam, como siempre tras la descarga eléctrica que suponía el orgasmo, se siente bien consigo misma.

Se notaba tan a gusto y relajada que podría perfectamente irse a dormir, pero no le apetecía porque no eran ni siquiera las tres de la mañana de un sábado por la noche. La gente normalmente a esas horas estaba de copas, y ella antes solía hacerlo con sus amigos todos y cada uno de los fines de semana hasta las seis o las siete de la mañana. Sin embargo luego, cuando todos se enoviaron, la cosa se acabó.

Cuando uno se formaliza, las relaciones amistosas se vuelven secundarias, mientras que el trabajo y la pareja se convierten en la prioridad, razonaba.

Entonces se acordó de su amiga Marta.

Hacía meses que no sabía nada de ella.

La había dejado el novio y estaba deprimidísima.

En realidad ya se encontraba a tratamiento psiquiátrico antes de eso.

Recordaba que lo había conocido en el 2004, porque justo el día de los atentados, qué funesta casualidad, se había ido a vivir con ella, y antes del amancebamiento no creía que llevaran ni un par de meses juntos.

Al principio se veían a escondidas porque él estaba viviendo con otra chica y tenía un hijo, aunque juraría que el niño había nacido cuando ya convivía con ella.

La cuestión es que antes salían juntas los sábados y terminaban siempre bailando en la discoteca en la que Marcos trabajaba de camarero.

También tocaba la batería en un grupo.

La verdad es que era muy mono.

Sin duda estaba orgullosísima de él, y lo exhibía como si se tratara de un trofeo.

Se conocían desde niñas porque habían estudiado en el mismo colegio del barrio de Salamanca y estaban en la misma clase.

Su amiga era la típica niña rubita detrás de la que iban todos los niños, y ella justo lo contrario.

Su tez morena al parecer no estaba bien vista en esos ámbitos sociales ni siquiera en la infancia.

Marta era delicadísima, pero al mismo tiempo tenía su carácter.

Lo cierto es que, como toda amistad, la suya había estado fundada en la mutua admiración.

Su amiga le había confesado años más tarde, cuando ya estaban en la universidad, que lo que apreciaba en ella era su capacidad para enfrentarse a los niños y pelear con ellos.

Pero todo, y especialmente el comportamiento humano, tiene una explicación.

La abuela materna de Marta era una mujer muy dominante, luego su hija se había tenido que doblegar a ella y a continuación había hecho lo mismo con su marido.

Sin embargo su madre, como el que mandaba era el abuelo, había tenido siempre agarrada la sartén por el mango desde que era niña.

Su pobre padre había sido un hombre dominado y maltratado psicológicamente por su mujer, que lo insultaba y mangoneaba sin piedad.

Por ese motivo ella no tenía dificultad para tratar así, ya de pequeña, a los niños, como si fueran peleles.

Marta necesitaba un hombre autoritario, como su padre; aunque por suerte ya quedan pocos así, meditaba.

Marcos parecía tener mucho carácter, sin embargo creía que el hecho de depender económicamente de ella lo había ido minando moralmente.

En el fondo echaba de menos hablar con su amiga y le apetecía llamarla.

Entonces lo hace, demostrándose a sí misma la gran seguridad que posee.